

CATALINA BERTÓN

# SINAPSIS

O LA HISTORIA DE  
ALGUNAS AMISTADES



*A mis amigas de toda la vida:  
Cindy, Alexandra y Tamara.  
Y a mi primera amiga de facultad, Elena (pero sin h).*

# 1

Correr. A eso se había resumido su vida: a un constante y acelerado movimiento de sus piernas. Desde que el despertador sonaba, demasiado temprano en la mañana, Carolina comenzaba una carrera de la que nunca parecía salir victoriosa. Corría de su apartamento a la parada de ómnibus. De la parada a su oficina. De la oficina a la máquina de café. Y luego también corría para pagar la hipoteca, para no atrasarse con las cuentas y para comer con la familia los domingos. Generalmente, también corría al almacén de la esquina minutos antes de que cerrara, cuando se daba cuenta de que no tenía qué cenar.

No podía evitar suspirar al recordar que solo algunos meses atrás, su vida era tan diferente, ¡aquello era como vivir en un sueño! Del que tuvo que despertar... Solía pasar los días con pocas responsabilidades y muchas horas de playa. En cambio, su vida en el presente estaba llena de zapatos que le hacían doler los pies al final del día, y demasiadas noches de quedarse dormida en el sillón, para despertarse como loca por la alarma y sintiéndose aún más cansada por haber dormido mal.

Luego todo volvía a comenzar.

No era que no le gustara su vida actual, era que ni siquiera tenía tiempo para sentarse y preguntarse si le gustaba. ¡Ni siquiera tenía tiempo para desayunar! No, en esos días, ella solo corría.

Era el momento entre que apagaba la alarma de un manotazo y emitía una queja amarga, que tenía un segundo libre. Entonces la cabeza se le iba para las playas donde había trabajado y a lo bien que lo había hecho su padre al clavarla con una hipoteca.

¿Cómo había llegado a ese momento? Porque su mejor amiga se casaba. Si a la gente ya no se le diera por casarse a los veinticinco años, entonces Carolina seguiría siendo feliz. Pero no. Con una sola video-llamada, toda su vida había cambiado. Fuera por los años de amistad o porque, de pronto, sintió que su vida necesitaba un cambio, ella se encontraba justo allí en ese momento: corriendo como si practicara para las olimpiadas.

Ah, pero Tati estaba que caminaba por las nubes preparando su casamiento. Si alguna de sus amigas iba a casarse a lo grande, esa iba a ser Tati. Las demás eran o más discretas o se casaban embarazadas. Pero si se habían inventado los vestidos blancos con forma de merengue, era para personas como Tati.

Ocho meses atrás, Carolina había recibido un mensaje de la amiga pidiéndole que cuando pudiera la llamara. Fue una sorpresa, la verdad, porque Tati era médica en su primer año de residencia, por lo que nunca tenía tiempo para llamadas; es más, desde que había comenzado facultad que estaba demasiado ocupada para conversar. La amistad entre ellas se había mantenido gracias a los años de conocerse, los mensajes y las fotos graciosas que se mandaban de noche. Con el horario extenso de la facultad de Medicina, y con las prácticas en el hospital, Tati tenía más horas ocupadas que las que tiene el día. A Carolina nunca le molestó, ni siquiera le dedicó un segundo pensamiento, porque esa amistad era más fuerte que cualquier distancia. No lo pensó hasta ese momento en que Tati le pidió que la llamara.

Y la llamada era para contar las buenas nuevas. ¡Se casaba con Damián!

No fue solo una noticia que Carolina no esperaba, sino dos: ella ni siquiera sabía que su mejor amiga estaba de novia, ¡mucho menos con Damián sin-apellido! Porque en la vida de ellas solo había existido un Damián y era imposible que Carolina imaginara, jamás, que alguna pudiera llegar a (¡siquiera!) querer besarlo.

Menos Laura, pero en aquel momento eran casi niñas.

—¿Con Damián? —repitió Carolina, descreída.

—Caro, ¿no estás escuchando?

—Parece que no.

—Sí, con Damián. Nos encontramos de casualidad en una de mis guardias y me invitó a tomar un café...

Mientras escuchaba a Tati contar cómo ese café había funcionado como una pócima mágica y los había enamorado, la mente de Carolina se fue de allí, lejos. Se fue a un barrio de Montevideo, a la cuadra donde había crecido. Se fue a la pregunta: ¿cuántas cosas más se estaría perdiendo? Irse de Uruguay fue necesario cuando aprontó sus valijas (y así fue, que nadie la malinterpretara), pero la vida pasaba para todos y ella aún ni siquiera conocía a la hija de una de aquellas amigas.

Perderse el casamiento de su mejor amiga no cruzó por su mente.

Pensar un poco más en sus decisiones tampoco se le pasó por la cabeza, por lo que en ese momento apuraba el paso para llegar al ascensor, mientras culpaba a su imprudencia por entrenar sus piernas cada día con tanta carrera.

Volver a Uruguay fue una maratón de otra categoría. Era de locos pensar que podía conseguir un trabajo que pagara con decencia en un país que exprime al trabajador y obliga a los estudiantes a hacer pasantías solo con viáticos como intercambio. Carolina había estudiado Administración de Empresas, pero se fue del país cuando terminó su práctica laboral (por la que le pagaban los pasajes de ómnibus y los almuerzos), por lo que no contaba con experiencia que justificara que merecía un salario. Durante los años que pasó fuera de Uruguay (por aquí y por allí en las islas Baleares) tampoco había adquirido una experiencia significativa en lo que a sus estudios se refiere, sino que fue progresando de repartir folletos en la playa a ser Hostes de un restaurante; todas experiencias increíbles que llamaban la atención entre nuevos conocidos en una fiesta, pero ninguna que le asegurara un salario. Su padre, que mueve montañas y consigue las mil maravillas, se encargó de que ella tuviera a dónde ir todos los días.

Así que gracias a los contactos del padre, Carolina trabajaba en el departamento comercial de una agencia de publicidad. Y, para asegurarse de que ella quedara bien, bien clavadita en Montevideo, él movió otros hilos y, como el gran titiritero que era, le consiguió una hipoteca. Esa suma mensual venía con dos habitaciones y un balcón en el que apenas entraban dos personas paradas. Todos los días Carolina miraba hacia su balcón y se prometía que, cuando tuviera más tiempo, le daría buen uso. Mientras tanto, pasaba cinco días de la semana con la cola en la silla de la oficina de Comercial y, los otros dos, recuperando el cansancio.

Había entrado a la empresa en el momento ideal. En una calma aparente que no era común en las agencias de publicidad. Durante los primeros meses, los únicos que caminaban rapidito de un lado al otro eran los del área Digital, pero el resto de los departamentos hasta se tomaban la hora de almuerzo. A ella le resultaba difícil encontrar personas lo suficientemente interesantes como para quererlas de amigas. Por otro lado, conversar no representaba ninguna dificultad, así que siempre pasaba un rato hablando cerca de la máquina de café. Carolina, con sus tres idiomas, la carrera terminada y experiencia internacional, había calzado como anillo al dedo.

Tres meses después de entrar a la agencia, se desató la hecatombe. Lo primero que sucedió fue el tercer divorcio de Néstor, el Gerente Comercial. La esposa se fue de la casa y se había llevado hasta los nervios de él. Como una cosa lleva a la otra, las crisis de nervios de él fueron seguidas del abuso de ansiolíticos, de la cocaína y de los whiskies caros. Lo peor, quizás, era que en la agencia nadie le prestaba atención a los excesos de Néstor; según le dijeron a Carolina, siempre había alguien cayendo, pero los publicitarios podían con la presión. A

Carolina no le asustaba la presión, sino tener que responder a una persona que tenía más droga que sangre en el cuerpo.

Un mes atrás había llegado una licitación para una importante empresa internacional y la agencia, sin mucha dubitación, decidió que iba a participar. Según escuchó cerca de la máquina de café, de ganar esa licitación, las cuentas de la agencia podían respirar tranquilas. Carolina necesitaba esas cuentas para pedir un aumento, entonces conversó con Néstor porque ellos dos solos no podían conseguir nada de calidad (sin contar el whisky que se tomaba en esa oficina, claro). Así que contrataron dos pasantes para que les dieran una mano. Ellos, una mujer y un varón, aún estaban en la universidad y tenían como meta hacer carrera en publicidad. Así que (como solía suceder), después de clase, se iban a la agencia por la módica suma de los viáticos y poder poner en la hoja de vida que habían trabajado allí. Al poco tiempo de haber comenzado su primer trabajo serio, Carolina se encontró con un jefe drogón y dos muchachitos que llegaban con resaca entre el miércoles y el viernes.

Ay, cómo extrañaba sus días de playa.

¿Y su amiga la que se casaba? Pasaba de guardia en guardia. Dos por tres hablaban por teléfono, especialmente cuando Tati cambiaba de un hospital a otro y llamaba a Carolina para conversar, porque estaba tan cansada que sentía que en cualquier momento se quedaba dormida mientras manejaba.

En una de esas charlas, Carolina le había contado el lío interno que era su trabajo. Tati, con una sabiduría más allá de sus veinticuatro horas de guardia, le dijo:

—Son tiempos complicados, ¿viste que siempre hablan de la crisis de los veinticinco?

¡Siempre hablan de crisis!, se dijo Carolina. A los veinticinco, a los veintinueve, cuando se cumple treinta, la famosa crisis de los cuarenta cuando los hombres dejan a sus esposas por las jovencitas (que probablemente están por atravesar la crisis de los veinticinco)... es como que el ser humano no sabe vivir si no es en crisis.

Todas sus amigas tenían la vida armada, rutinas fijadas, un manejo de la situación establecido. Cuando Carolina volvió a Uruguay se encontró con un nuevo sentimiento: la soledad. Eran amigas de toda la vida de las que estaba hablando. Con ellas había aprendido a andar en bicicleta, a escribir, les había contado sobre su primer beso y tantas otras primeras cosas.

Pero desde que Carolina había vuelto, hacían planes para verse después de cierta hora o los fines de semana, solo para cancelar a último momento porque si no era un hijo con toz, era que se habían olvidado de una cena con los amigos del novio, o andaban cansadas, o tenían mucho trabajo... las excusas eran variadas. Por lo que aquellas pocas veces que sí podían juntarse,

aunque fuera solo un rato para tomar un café, Carolina trataba de disfrutar al máximo. También se había dado cuenta de que era difícil volver a sentir aquella sensación de plenitud con ellas. La vida de las cinco había sido muy diferente, todas habían tomado su propio rumbo. Pero el rumbo de Carolina había sido el más diferente de todos. Entonces, dar su opinión ya no la hacía sentir del todo cómoda, y es que no había mucho punto de comparación entre acciones y decisiones. Además, claro, el tema del casamiento... porque cuando sí se juntaban y podían conversar, entonces el grupo de amigas se dividía en dos bandos: de un lado del ring, las que solo querían hablar del casamiento de Tati; del otro lado del ring, las que querían conversar sobre cualquier otra cosa. Pero las del segundo bando siempre llevaban las de perder, aunque fuera la misma novia la que ya estaba cansada del tema.

Incluso la despedida de soltera fue medio chauchona, con las madres del grupo preocupadas por no llegar tarde a la casa y tapando los escotes para que las demás no se resfriaran.

De a poco la vida había llevado a Carolina por la senda del trabajo. En esas últimas semanas, si le preguntaban qué prefería, si otra hora más en la oficina o visitar a su amiga Laura mientras le cambiaba los pañales a su beba, Carolina no lo dudaba: prefería el trabajo, a su jefe cocainómano y a sus dos pasantes saca-selfies.

Entre tanta corrida y tanto apuro mental, no reparó en la manera tan drástica en que su vida había cambiado. Se fue dejando llevar hasta que, cuando quiso acordar, aquella Carolina que se sentía libre y llena de vida, ya no existía.

El único motivo por el que no extrañaba su vida anterior era porque no tenía tiempo para detenerse y sentir.

## 2

¿Por qué esa moda espantosa de casarse un viernes?, se gritó Carolina mientras corría por las calles de Montevideo en su hora del almuerzo. En lugar de comer, tuvo que correr a la tienda de vestidos para levantar lo que usaría esa noche. Sin dudas no era la forma en la que pensó que elegiría el vestido para el casamiento de Tati (si es que alguna vez lo había pensado). Al menos había encontrado uno muy bonito y clásico, con el que nada podía salir mal. Después de todo era negro y lo más osado que tenía era la espalda totalmente abierta. Además, la tela brillaba, así que al menos le daba algo de personalidad. La mujer de la tienda hablaba y hablaba, pero Carolina solo pensaba si le daba tiempo de comprar algún accesorio que levantara el color a muerto que últimamente ella tenía en la piel. Luego pasó a buscar los zapatos y por último, cuando solo le quedaban minutos antes de volver a correr, vio en una vidriera un hermoso par de caravanas que esperaba que cumplieran con la ilusión.

Había dejado todo para último momento por el único motivo de que ya ni sabía en qué día vivía. Un día sucedía al siguiente con una demanda de energía tan grande que, cuando quiso acordar, era el viernes del casamiento de Tati. En aquella época, su única meta era terminar la licitación, que les había llevado más tiempo del que inicialmente habían estimado. ¿Cuándo era el límite de esa licitación?, al día siguiente.

¿Qué tipo de empresa cerraba una licitación un sábado al mediodía?

Se había pintado las uñas mientras la computadora cargaba las últimas gráficas y soñaba al pensar que tal vez tenía tiempo de ir a la peluquería... por eso le había pedido a Clara (su pasante, que siempre llegaba tarde a la oficina) que por favor llevara una planchita de cabello. Ya vería en qué momento solucionaba el tema de la cabeza.

No, definitivamente esa no era la forma en la que había imaginado que viviría el día del casamiento de su mejor amiga. Sin embargo, allí estaba: colgando el vestido detrás de la puerta de la oficina de Comercial, colocando los zapatos debajo, y con una cartera llena de las cosas que podría llegar a necesitar, como fijador de pelo, medias de nylon y maquillaje.



Todo iba a salir bien, se dijo.

Y después de ese instante de dedicarse un mensaje esperanzador, corrió a la sala de juntas, donde estaba por comenzar la última reunión de puesta a punto con el Gerente General.

Lo que le resultaba más extraño (de a ratos incluso llegaba a dolerle) no era que Tati se estuviera por casar, eso era de esperar. Sino que fuera con Damián. ¿A qué galaxia lejana había viajado Carolina que al volver una de sus mejores amigas estaba por casarse con él? Su sorpresa no era porque Damián fuera ni poco atractivo ni poco inteligente, sino porque nunca lo consideró como una opción. Era Damián. El muchacho que siempre había estado ahí, el cerebritito de la clase, que tenía amigos molestos.

Y, lo que llegaba a doler, era que se había perdido el proceso. El momento del reencuentro entre ellos. Los nervios de ella por la primera cita, la presentación de las familias y todo el camino que los había llevado a decidir que querían pasar el resto de sus vidas juntos. Carolina había pasado esos años viajando por aquí y allá, trabajando en lugares variopintos. Sus relaciones más duraderas eran de semanas y se terminaban con la zafra de trabajo. Jamás le había molestado ese estilo de vida, hasta que su mejor amiga le contó que estaba por casarse. En el momento de la llamada con Tati, mientras veía la enorme sonrisa de su amiga a través de la pantalla, la pregunta que voló a la cabeza de Carolina fue: “¿qué he conseguido yo?” porque, al momento, no tenía nada. Ni siquiera tenía las cosas claras.

Así que, en un arranque, decidió que volvía a casa. Lo que la llevó a perder lo poco que tenía... otra vez.

Entonces llegó el encuentro. Tati se había mudado lejos del barrio donde habían crecido, a un apartamento grande y muy bonito que quedaba en una zona más céntrica, cerca del hospital de Clínicas, donde ella hacía la residencia, y también relativamente cerca del edificio de oficinas donde trabajaba Damián.

Como Carolina no tenía otro lugar donde caer, al volver a Uruguay, también regresó a su habitación de toda la vida, en la casa de sus padres. Y eso sí se sintió como una regresión con ácido. Tuvo que tomarse dos ómnibus para poder visitar a Tati en Parque Batlle. No le molestó ni el tráfico de la hora pico de Montevideo ni, mucho menos, el precio del pasaje (que parecía ser el chisme principal); de hecho, lo único que se le antojaba peor que estar en ese ómnibus lleno de olores poco decentes, era tener que volver a ver a Damián... ¡qué ironía!

Incluso, mientras caminaba de la parada al edificio donde vivía la amiga, Carolina se dio cuenta de que estaba nerviosa.

El reencuentro con su mejor amiga estuvo lleno de abrazos y de tonos de voz muy agudos que se decían cosas lindas. Tati tenía el cabello corto, tan oscuro como siempre y, también como siempre, tan delgada que la primera pregunta de Carolina fue si en el hospital podía comer.

¡Ah! Se sentía tan bien volver a lo conocido. Al abrazo y a los chismes dichos rapidito. Pero entonces escucharon un carraspeo desde el living. Carolina miró sobre los hombros de su amiga, allí estaba él. Más panzón de lo que lo recordaba. Se jugaba la cabeza que la última vez que lo había visto no tenía esa papada...

—Hola, Carolina —le dijo Damián, con un poco de timidez.

Ella se obligó a sonreírle. Luego se obligó a devolverle el saludo.

Era imposible que ella recordara la primera vez que vio a Damián. Eran niños, seguro, porque Damián era una de esas personas que parecía que siempre había estado en su vida, desde la escuela, en las vacaciones, hasta el momento de graduación. Era, además, una presencia un poco molesta: el cerebritito de la clase. Hubiera sido perfecto que fuera el cerebritito de las películas (ese muchacho tímido y retraído, de lentes gruesos que nunca miraba a los ojos), pero no, él además era muy buenmozo. El favorito de los profesores y de una de sus mejores amigas, Laura, que había pasado la mitad de la vida enamorada de él.

¿Cómo habría tomado Laura la relación de Damián con Tati?, se había perdido ese drama también.

Damián y Tati estaban muy curiosos sobre su vida. Durante buena parte de esa visita Carolina no pudo casi comer porque la tenían respondiendo una pregunta atrás de la otra. Querían saber de los lugares a los que había viajado, el estilo de vida que había llevado, aquellas relaciones que había tenido. ¿Nunca se sintió sola?, ¿no extrañaba?, ¿le gustaba su vida? Las preguntas cada vez se volvían más personales y a ella no le habría molestado responder con la verdad, si Damián no hubiera estado allí. Pero el que estaba más curioso era él, que no la veía desde que habían terminado el secundario.

Se sentía incómoda, intentaba sonreír y respondía a cada pregunta con medias verdades, hasta que se dio cuenta de que la estrategia debía ser otra:

—¿Y cómo fue que ustedes se encontraron? —preguntó rapidito, antes de que la interrumpieran.

Tati y Damián se miraron al unísono. Una carcajada después, ella suspiró y le contó:

—Dami tuvo un accidente en moto y justo la médico de guardia era yo.

Solo Tati podía transformar una pierna quebrada y muchos moretones en una primera cita. Y solo una persona como Damián podía verse espantoso con la cara hinchada y chillando de dolor, pero aún así no perder el autoestima e invitar a salir al médico de guardia.

Carolina escuchó el cuento, que se extendió por los detalles médicos y todos los mensajes que se mandaron antes de tener una primera cita. Pero su cabeza, en realidad, estaba en otro lado. Ella miraba a su mejor amiga: observaba sus movimientos, las mejillas rojas por la emoción de la historia, la forma en que Damián la miraba, casi con admiración. Carolina no podía pedir un hombre más enamorado para su amiga de toda la vida. Así que se propuso hacerse a la idea de que, a partir de ese momento, él iba a ser parte de su vida. Otra vez.

Si Laura no se sentía afectada por esa relación, Carolina no tenía derecho en poner objeciones. Además, él ni siquiera le caía mal. En aquellos años del secundario eran los amigos de Damián los que se llevaban los premios, especialmente Ramiro.

Un par de semanas después, Carolina comenzó a trabajar en la agencia de publicidad, se mudó a su apartamento en Pocitos y, si bien vivía más cerca de Tati, su vida volvió a ser una montaña rusa, por lo que no pudo acompañarla ni en la prueba del vestido (pero le mandaron una foto por WhatsApp).

Cuando quiso acordar, llegó el día.

Nada de ir al hotel con su mejor amiga mientras se aprontaba, nada de la copa de champagne en el spa, como las fotos que sus amigas le estaban mandando. No. Carolina estaba con la cola en su silla de la oficina, con una lista de pendientes gigante y preguntándose continuamente ¿quién se casa un viernes? De vez en cuando, también se preguntaba si Ramiro estaría en la misma situación que ella. Hacía fuerza para desechar el pensamiento, pero la cabeza se le iba a la última vez que lo había visto. O, al menos, lo que ella recordaba, porque había sido su fiesta de graduación y esa noche había tomado demasiado. Aún sentía que se ponía verde cuando recordaba aquella noche...

Entre tarea y tarea, su alarma comenzó a sonar: eran las seis de la tarde, debía comenzar a aprontarse. Esa licitación estaba tan lejos de estar terminada como Néstor de volver con su esposa. Ni siquiera se planteó la necesidad de tomar una decisión, había vuelto a Uruguay por el casamiento de su mejor amiga y ya se había perdido gran parte de todo lo que significaba. Su jefe seguro podía dejar la botella un rato y hacer su trabajo.

Con un plan a medio definir en su cabeza, se puso de pie y comenzó la carrera. Le pidió a Clara, la pasante, que la acompañara al baño (con una libreta, por favor), tomó el vestido y el maquillaje, y caminó con paso firme. Todo sucedió tan rápido que la chica no estaba segura de

que hubiera sido realidad, su compañero tuvo que darle unos golpecitos con el codo para que reaccionara y saliera atrás de Carolina.

Esa no era la vida que había pensado que tendría cuando decidió volver a Uruguay. Pero, claro, no había pensado antes de volver a Uruguay.

Ella siguió su trote hasta el baño de mujeres, se metió en uno de los cubículos y comenzó a quitarse toda la ropa.

—¿Carolina? —preguntó la chica, abriendo apenas la puerta del baño, con un temblequeo poco seguro en su voz.

—Sí, genial. ¿Pudiste hablar con el diseñador, que todavía no manda las gráficas?

—Dijo que no va a demorar mucho.

—¿Cuánto?

—¿Dos horas? —se animó a adivinar Clara.

—Queda eso y embeberlas en la maqueta, nada más. Así que para las nueve de la noche tendría que quedar todo pronto.

Carolina abrió la puerta de su cubículo y sacó solo su cabeza para poder mirar a la pasante.

—Por favor, prepará una jarra de café y obligá a Néstor a tomarlo. Él tiene que estar sobrio para esto.

Volvió a meterse en el cubículo por un momento, hasta que su cabeza se volvió a asomar:

—¡Y no lo dejes ir solo al baño! Sígalo a todos lados, como si fueran la sombra.

—¿No será un poco mucho? —otra vez ese temblequeo en la voz de la nena.

—Un poco mucho es la cantidad de merca que tiene encima —susurró Carolina. Igual, la pasante la escuchó y emitió una risita nerviosa.

Con las medias cancanes y el vestido puesto, Carolina salió del cubículo. Apretó los labios al verse en el espejo: sus ojeras, muy violetas, delataban los últimos días de horas extras y de información que jamás se había recopilado, el exceso de café y la presión de un trabajo que no le pagaba lo suficiente.

—Un poco de maquillaje y ya está —le dijo Clara. Pero luego le sonrió de una forma nada reconfortante.

Carolina se acercó al espejo con la idea fija de que esa no era la forma en la que (jamás) había soñado que asistiría la casamiento de su mejor amiga. Mucho menos, que en esas condiciones volvería a ver a Ramiro. Y a los otros amigos de Damián, claro.

Comenzó por mojarse con agua fría, a ver si podía (como por arte de magia) bajar un poco la hinchazón de sus ojos. Mientras, seguía hablando sobre la licitación: “Relean la introducción, asegúrense de que la carta esté impresa en excelente calidad, ¡por favor!, que la carátula sea

impresa en la impresora de Gerencia y no en la general...” la pasante anotaba todo en su libreta, casi sin mirar a Carolina, hasta que:

—¡Ese labial no! —le dijo— Mejor este otro.

Carolina se preguntó si su pasante había escuchado algo de todo lo que había dicho. Le hizo caso con respecto al labial, después de todo, esa nena siempre iba a trabajar de punta en blanco, así que tenía mucha más noción de la moda que Carolina.

—Y sé que estás apurada —le dijo la pasante—, pero hay mucho que se puede hacer con tu cabello en poco tiempo.

Se fue corriendo del baño, mientras Carolina terminaba con el rubor y miraba el desastre general de su cara. La nena volvió al baño con su planchita de pelo.

# 3

Se bajó del taxi con los zapatos en la mano. Tuvo que parar un poco más allá de la entrada de la iglesia, porque el auto que llevaba a la novia acababa de estacionar frente a la entrada de la iglesia. A la misma vez que ella, con todo su apuro, cerraba la puerta del taxi, Tati bajaba del auto con mucha parsimonia, con un poco de guía del fotógrafo.

Durante un segundo, Carolina se detuvo admirar a la novia. La conocía desde siempre, sabía que detrás de esa sonrisa gigante había muchos nervios. Sin embargo, no le quitaba encanto. Tati estaba tan hermosa que uno podía pasar por alto el vestido con forma de merengue y su cara de amor-para-toda-la-vida. Si no se conocieran desde siempre, seguramente nunca se hubieran elegido como amigas.

Por esos lugares andaba su mente cuando volvió a la realidad de los pelos: Tati la estaba mirando con el mismo gesto que había hecho que Carolina estudiara durante todo el ciclo básico, porque cuando Tati fruncía el ceño, un terremoto sucedía en algún rincón del mundo.

—¡Llegás tarde!

En ese momento no era una novia risueña. No. En ese momento era una amiga enojada.

Carolina, entonces, adoptó la misma cara que cuando estaba en el secundario y no había estudiado para algún parcial, esa cara que era entre divertida y culpable, y le dijo:

—Pero llegué —le dijo dando pasitos rapiditos hacia ella para poder abrazarla—. Y vos estás hermosa.

Le sonrió un segundo antes de volver a emprender una carrera hacia la iglesia, mientras intentaba calzarse los zapatos.

Entró dos segundos antes que la Marcha Nupcial y tan justa estuvo de tiempo que no llegó a perderse de la vista de los invitados, que ya habían comenzado a girar el cuerpo para ver entrar a la novia. En ese momento, seguro que el color de sus mejillas combinaba con el rojo del labial. Años de teatro y aún no sabía cómo pararse ante el público con la espalda derecha... especialmente con las muecas de las viejas de la iglesia, a las que ya podía imaginar cuchichiando sobre la impropia entrada de la amiga de la novia. Muerta de vergüenza como estaba, se metió rapidito en la última fila de asientos y se sentó tan chiquitita como pudo.

El mundo entero olvidó su papelón cuando Tati puso un pie en la iglesia, del brazo del padre. Los suspiros fueron generales. Una iglesia llena de gente con los ojos fijos en Tatiana, pero ella mantenía una sonrisa serena (y sostenía el ramo como si en eso se le fuera la vida). Carolina sintió que el estrés del trabajo comenzaba a quedar atrás; miró hacia al altar, al novio que esperaba con poca paciencia a que Tati terminara el recorrido.

La magia se cortó cuando su celular comenzó a sonar. Por suerte, la marcha nupcial sonaba más fuerte, porque de papelones ya había tenido suficiente. La cara redonda y la pelada brillante de Néstor aparecían en la pantalla de su teléfono. Le colgó. Aunque fuera por un momento, ella disfrutaría del casamiento de su amiga.

Damián esperaba hecho un manojito de nervios, pero se veía muy buenmozo con su traje. Siempre había sido un tipo lindo, pensó ella. De alguna forma, que Tati estuviera con el más enorme de los vestidos blancos caminando hacia él, era final de una crónica anunciada. Volvió a pensar que, si no fuera porque se conocían de toda la vida, entonces nunca hubiera sido amiga de ella. Y, como consecuencia de esas historias de toda la vida, su mente se fue a un recuerdo añejo, de cuando apenas tenían quince años.

## 10 AÑOS ATRÁS

Estaban en clase de matemáticas. Era imposible olvidar en qué clase estaba porque fue la peor de todo el secundario y no por la materia en sí, sino por la profesora. A ver, Carolina nunca había sido mala en esa materia y ese año demostró su poder racional con creces, porque mantuvo la nota promedio, más allá de haber prestado muy poca atención en clase. Es que esa profesora era patética y Carolina tenía problemas para respetar a las personas que le caían mal. ¿Por qué le caía mal? Porque la profesora de matemáticas se reía de sus alumnos. De los gordos, de los que pedían que explicara el ejercicio otra vez, de los que habían repetido el año. Esa mujer era tan grosera que le quitaba toda la gracia al pensamiento lógico. La primera vez que Carolina tuvo que sentarse en la oficina de la directora fue por defender a uno de sus compañeros en clase de matemática... (la segunda fue por un inhalador, pero de eso hablaremos después).

Entre los compañeros que no necesitaban que nadie defendiera estaba Damián. Siempre el más listo, el más rápido y el más buenmozo de toda la clase. Era una verdad universal en todo el liceo que ese muchacho era inteligente. Los profesores se pasaban la información unos a otros y la consecuencia era que siempre lo trataban como si fuera un prodigio. Era insoportable ser compañera de clase de él. Si por lo menos fuera el nerd típico, entonces la situación sería igualitaria con el resto de los compañeros, pero no, Damián parecía no tener punto débil. Ni siquiera en clase de educación física.

Además, Laura estaba perdidamente enamorada de él. Por lo que cuando no lo escuchaba hablar en clase, entonces tenía que escuchar a alguien más hablando sobre él.

Carolina recordaba clarito ese día: ella estaba aburridísima, como todos los demás en esa clase. Tenía la cabeza apoyada en uno de sus antebrazos, sobre la mesa, y dibujaba los márgenes de su cuaderno. La única que prestaba atención a lo que esa profesora decía, y hasta sacaba apuntes, era Tati. Su amiga era una nerd. Fue en un momento en que el brazo regordete de la profesora se movió en el pizarrón para explicar cómo se despeja la “x”, que Carolina levantó la vista y fue testigo de la situación: Damián estaba medio echado sobre su mesa, con la cabeza ladeada a un costado, mirando a su amiga.

En ese momento, con toda su inocencia, Carolina pensó que debía apurarse a pedirle los apuntes de la clase a su amiga, antes de que él le gane de mano.

Pero sus alarmas se encendieron después. La clase terminó, las amigas se encontraron en el recreo y, de pronto, la cara de Laura se puso muy colorada. Eso solo sucedía cuando Damián aparecía. Y sí, allí estaba él.

—Hola —dijo con una sonrisa muy ridícula.

Las chicas lo miraron todas a la vez. Con todos los años que habían pasado, Carolina imaginaba que esa situación debió de haber sido muy incómoda para él, que podía ser muy corajudo pero a los quince años ningún adolescente se lleva el premio a la valentía cuando se ve arrojado a un grupo del sexo opuesto.

Seguro para Laura, también fue incómodo.

—Vi que sacaste apuntes de la clase — “te vi todo”, pensó Carolina. Él le hablaba solo a Tati, ignorando con estoicidad al resto de las chicas—, y yo no entendí mucho esa última parte. ¿Me podrías prestar tu cuaderno?

—Sí, claro —le dijo ella, totalmente ajena a que había sido observada durante toda la hora anterior—. Pero hoy se lo lleva Caro, me lo pidió primero.

Victoria, pensó ella.



—No hay problema, después me lo das —le dedicó otra sonrisa ridícula y se fue corriendo con sus amigos.

Un momento después, Laura se había enojado con su amiga.

Antes de dejarse arrastrar a los remotos años de aquella historia, Carolina miró adelante, al lugar que sus amigas habían reservado para ella, justo detrás de la familia de Tati. Estaban todas: Coni, Ale, Laura y Rosi. Matías, el hijo de Rosi, estaba parado sobre el banco y mirando al fondo de la iglesia, sobre la cabeza de todas las personas. Saludó a Carolina sacudiendo una de sus pequeñas manitos y le sonreía como si la persona que estuviera en el último banco fuera un jugador de fútbol. Carolina le devolvió el saludo justo a tiempo, porque un segundo después, Rosi lo movió para que mire al frente. Pudo adivinar el diálogo entre madre e hijo donde él le decía: “allí está la tía Caro” y Rosi se giraba para mirarla. Entonces, saludó a su amiga con el mismo gesto que al hijo. A continuación, la eterna caminata de la novia hacia el pasillo perdió interés para la segunda fila de asientos (del lado de la propia novia), porque todos sus integrantes giraron para saludar al fondo, a la que había llegado tarde. Todas menos Laura, que sostenía a su beba en brazos y no le dedicó un saludo, sino un reto a la distancia. Es que Laura tenía alma de madre, según Carolina, y eso era: retar.

Tati llegó al altar. Su padre estrechó la mano con Damián y ella quedó a cargo de otro hombre.

Carolina miró a la otra fila de la iglesia donde, justo detrás de la familia del novio, estaban los amigos de él. Entre ellos, Ramiro. Alto, como siempre, miraba al frente, a como su Damián le corría el velo de la cara a la novia.

Cuando todos comenzaban a sentarse, Ramiro miró para atrás, como buscando a alguien. Y al verla a ella, le sonrió.

Su celular volvió a vibrar. Por eso fue que se le aflojaron las rodillas.

Escribió rápidamente que en ese momento no podía hablar y volvió la vista a la hermosa pareja que estaba parada frente a frente, mientras el cura comenzaba su discurso. Se preguntó con cuánto hastío ese mismo cura (ya entrado en años) repetiría una y otra vez ese: “Estamos hoy reunidos para celebrar la unión de X e Y en sagrado matrimonio”. Sabía qué seguía después, así que si pretendía no perder su trabajo y ganar esa licitación, mejor salía a llamar a su jefe en ese momento.